

via se funda la acción sobre que hablo, en otro principio no menos cierto que autorizado, reflejaré un poco mas sobre su oportunidad. Juzgo que era una recomendación llena de confianza de la vida religiosa, bajo el amparo y protección de la Soberana Reyna Madre de Dios y nuestra M^a Sma. luego al momento que se ponía en ejecución. Ntro. P^o Sn. Francisco de Borja, visitando un Noviciado nuestro, examinó á cada uno de los Novicios sobre su vocación y entre todos encontró solamente dos que no la habian encomendado y puesto en manos de la Sma, Virgen y al punto temió de su constancia. Ellos eran par entonces muy observantes y ajustados; pero sin embargo, le avisó á su Maestró y le encargó especialísimo cuidado en su conducta. El suceso comprovó el justo temor del Sto., porque los dos sin motivo faltaron á Dios y á la Religión y se volvieron al Siglo.

A la acción de la R. M^a Maestra se seguía una afectuosa pero corta oración, con que se imploraba el patrocinio de la tiernísima M^a y Sra. de la Salud, para el principal éje de la vida religiosa que es la vocación, y en donde se revuelve toda seguramente, sin daño que puedan hacer las mas poderosas contradicciones que el enemigo del género humano suele á cada paso levantar, Con esto emprendía su enseñanza la M^a Maestra la cual lograba felizmente con la prudencia que pedía el cultivo de aquellas tiernas plantas, mezclado de suave y amoroso, de serio y grave.

Empezó su Noviciado la M^a Nicolás con todo fervor y desde luego se fué ajustando á la distribución religiosa y al silencio que pide una comunidad como que ya por sus ojos habia observado el método y orden que habia de seguir. Con todas sus connovicias se unia bien y se juzgaba, no que era piedra que ahora se empezaba á labrar y pulir para el Santuario de la perfección religiosa sino que allí mismo se habia formado y juntamente nacida con las demas. Pareciase el Noviciado al Augusto Templo de Salomon donde sin oirse dentro el extrépito de los martillos, ni el ruido de los golpes, sin levantarse la voz, todas las piedras ó las novicias estaban maravillosamente colocadas, de suerte que en su enlace, mas parecían todas ahí juntas nacidas, como en un cuerpo que un todo compuesto con la disposición del arte.

Entonces lo mas singular de la novicia era, no ser en nada reparable porque no declinando ni á la diestra ni á la siniestra, hacía lo mismo que todas sin particularisarse, conforme siempre con la

distribución de tiempo que seguía el noviciado. Es muy estimable este camino y sin tropiezo para la perfección á que debe aspirar toda persona religiosa, porque pareciendo que nada se hace y mas al conocer dentro de sí los defectos y faltas de cada obra muy claro y patentes á los ojos de Dios, no hay peligro de la vanidad que todo se lo lleva por los aires; sino que se deja á la misericordia del Sr. que segregando la paja para que la consuma el fuego de la tribulación en esta vida, escoja el grano y piadosamente le señale su premio. A lo cual se añade que la vida común se hace más fácil de seguirla siempre con constancia, aunque no sin mortificación; pero que se suaviza mucho con los ejemplos que hay á la vista y eficazmente anima á la continuación. Mi penitencia, decía un espiritualísimo Padre, sea la vida comun. Así fué prosiguiendo su noviciado sin novedad hasta que por ese tiempo enfermo Doña Maria Teresa de Torres su madre y yendo á más el accidente, la novicia ya que no la podía asistir personalmente á su cabecera, le servía mas que nunca porque hacia muchas oraciones en presencia de Ntra. Sra. de la Salud para que se la concediera y solicitaba de sus connovicias que la acompañaran, como lo hicieron. Dios Nuestro Sr. que siempre se inclina á las súplicas que le hacen sus creaturas, y mas cuando estas se han dedicado especialmente á su servicio, no concedió lo que se le pedía por su M^a Sma.; pero otorgó lo que mas convino. Murió la Sra con muy buena disposición recibidos los Stos. Sacramentos de la Iglesia dejando esperanzas de su salvación. A este golpe ya se ve que era necesario los ojos de la novicia hicieran su oficio por la ternura de su corazon; mas deshaogándose un poco pudo ya ofrecer á Ntro. Sr. la obediencia y rendimiento que se debe á su adorable voluntad. Recurrió á consolarse con Ntra. Sra. á su camarín y desde entonces allí se determinó á consagrarle enteramente su amor y ponerle unicamente en su Magestad, no reconociendo ya otra M^a, sino á Maria Sma. Madre de Jesus, bajo el título de Ntra. Sra. de la Salud. Y de aqui se corroboró mas en tan necesaria devocion que dejó señalados ejemplos de ella como en adelante dire, haciéndole la benignidad sin termino de nueva amorosísima y tiernísima Madre singulares beneficios cada día multiplicados hasta el fin de su vida. Con los cuales pensamientos se portó con su M^a como verdadera hija que sublimaba al grado de espiritual el amor que la naturaleza inspiro, sea tierno y de aprecio grande con los padres, como que por ellos nos dió el ser nues-

tro Creador, ofreciendo muchos sufragios por su alma y estimando con palabras muy agradecidas, á las demas novicias y demas religiosas, las que por su caridad le aplicaban.

En estas obras que tanto agradan á nuestro Dios y Sr. por las mas estrechas obligaciones de su Sta. Ley que las ejecutan y piden á los hijos, fuera de los términos generales de la caridad, honra y obediencia á los padres, mientras viven y despues de la muerte, socorro de oraciones y obras satisfactorias en la mayor necesidad, cuando por si no pueden ayudarse. Pasó su noviciado, el tiempo corto que le quedaba de él, la M^{te} Nicolasa, siguiendo el tenor de la distribución religiosa á que se estaba imponiendo. Este tiempo que la religión santamente ha destinado, segun las disposiciones de nuestra M^{te} la Sta. Iglesia, para prueba de aquel miembro que pretende ser unido á su cuerpo, suele no estar sembrado de los abrojos y espinas que después ensangrientan el alma á cada paso que da en adelante. Sería por tanto discurso muy errado, el que nunca percibí en la M^{te} Nicolasa cuando se veía en tantas aflicciones y congojas pensar que se había extraviado y perdido el camino del Cielo, pues no sabemos alguno descansado, exepción que nos queramos engañar voluntariamente; sino varios como que son muchas las mansiones de la casa Celestial; pero todos llenos de amargura y pena; que es preciso que agrave dolorosamente la cruz que se lleva sobre los hombros. Al principio las fuerzas no son tantas y la D. Providencia, que en todo puso número peso y medida, no había de cargar mas de lo que se pudiera sufrir. Así su piedad en aquellos primeros pasos de una niña que viene del regalo y consentimiento de su casa, apenas le ofrece dificultad que sufrir, todo se lo suaviza, y aun lo mismo que podria por su prolijidad oprimirla, le es de mucha diversion, esto es el instruirse bien para el Coro aprender á rezar, observar las ceremonias, y seguir una obligación que cada día revive de nuevo. Esto lograba la M^{te} Nicolasa y acaso sin pensar en la vida que le esperaba de mil apuraciones, tantos dolores y mil y gravisimas enfermedades.

Cuando se cumplió el término del año de su provación, la presento la R. M^{te} Maestra, á la Sta. Comunidad, exponiendo el dictamen que se había formado de su novicia, su porte religioso, su quietud y reposo, el juicio y madurez que prometía, la virtud y constancia en su vocación, para que todas las madres juntas en el capítulo, pudieran con tan seguros informes hechar los sufragios. Y como to-

das estaban edificadas de sus procedimientos, los votos salieron uniformes; con lo cual al punto se divulgó la noticia con aquellas demostraciones de alegría acostumbradas para las cuales en su casa tenían prevención.

Llegó el día de la solemne profeción y por cierto que ningún día amaneció más alegre para la M^{te} Nicola como el de 20 de Abril de 1794 en que se celebró con toda magnificencia, cuanto fué posible á su padre, quien como lloraba, su virtud recibió por lenitivo que el Sr. concedió á su dolor el gusto de ver á su hija tan bien lograda, con aquella corona, no de este mundo, sino que le había de servir de adorno para toda la eternidad. La M^{te} Nicolasa como había alimentado en su corazón por tanto tiempo el deceso de ser religiosa; y un deceso grande aun cumplido ya, parece que no le creía, porque todavia mas lo deceaba. Propiedad es esta, nacida de un gusto ó gozo en la poceción de un bien que con ansias impacientemente se ha esperado, que aun cuando ya se obtuvo, se aguarda mas y no se juzga que llegó la dicha, hasta que el tiempo suaviza la novedad. Se veía monja profesa y no podia creerlo porque oprimia á la experiencia el anhelo en que tanto había vivido en su pecho y no pudiera tan presto acabar. Estos sentimientos quizá mas vivamente propuestos en su imaginación en aquel tiempo, le pude yo penetrar, cuando me habló de los decesos que hubo de ser monja. Recibió con sumo agrado, los plácemes y parabienes que la daban cumplidamente por su dicha: oia con gran gusto las bendiciones que la hechaban aplaudiendo su elección y retornaba con palabras muy agradecidas la buena voluntad que le manifestaban en sus decesos. Pasados estos días volvió á su recogimiento y fué con gran serenidad pasando su oblación reflejando en sus promesas, y discurrendo proporcionados medios, que la sirvieran para cumplir con fidelidad al Sr. cuanto había ofrecido. Bien sabia los premios con que la magnificencia del Buen Sr. á quien servimos remunera á las almas que generosamente se dedican á complacer á su Magestad. Y esto conseguía en ella tener la eficacia que intenta Dios cuando suavemente atrae á su voluntad Sma. las creaturas, poniéndoles delante de los ojos lo bueno y lo malo, lo mejor, mas perfecto y lo seguro; pero no sin riesgo para que escojan á su libre albedrio con la certeza del premio ó del castigo, del mas ventajoso lugar en el Cielo, ó del menos glorioso y mas apeligrado de perderse, conforme fuera la elección. No ignoraba tampoco que en la Religión, no

debía buscar caminos por donde agradar mas á Dios, sino seguir las sendas que llevan las reglas y constituciones que estan santamente establecidas y ajustarse á su observancia, que allí sin duda habia de encontrar la perfección. No es este trabajo de un día, es penosa tarea de toda la vida, porque siempre mientras los ojos descubren mas de lo que falta que andar, lloran á veces sus caidas que deben rezarcir, vuelven á mirar atras y sea el que fuere nunca deja de parecer poco el trecho que se ha andado en comparación de lo que resta. Todos los ojos ven una misma cosa, pero unos penetran mas que otros. Embelezado contemplaba Nicostrato cierta tabla de una pintura hermosísima hecha al estilo del arte y esmero de Zeuxir, pintor celebrado de la antigüedad, cuando otro nada instruido acertó á preguntarle ¿que miraba? A quien respondió prontamente el sabio Maestro, si tuvieras mis ojos por cierto que no me lo preguntarias.

En estos pensamientos, la M^{te} Nicolasa reconocio los beneficios con que Dios la iba llevando sin entender aun cómo, ni de que manera queria su Majestad servirse de ella. Sus decesos eran de ocuparse con edificación en algun oficio de Comunidad para dar cumplimiento á él con exactitud, como la inclinaba su genio prolijo y muy obsequioso. Muy presto tuvo que ir ejerciendo casi todos los oficios, porque como habia falta de Religiosas antiguas, semanalmente se encomendaban y repartian en las modernas, para que de una parte se ocurriese á la necesidad y por otra quedacen bien impuestas desde los principios á los empleos en que habian de vivir segun el uso y estilo de la Religión. Entre todos tengo noticias, asi por algunas palabras suyas, como por otras personas, que le llenaba su corazón el oficio de enfermera. Cuando este se lo encargaba la obediencia, lo recibia con gran gusto, y lo tomaba con la viva representacion de que servia á Ntra. Sra. en cada enfermo para encender mas su caridad y no esperar en la gratitud su premio, sino colocarlo todo en quien no puede menos de ser grande. Es cierto que las mugeres son muy inclinadas á este ejercicio caritativo en la asistencia pronta y cumplida en una enfermedad; pero en las Religiosas como todo lo bueno se eleva á mejor con el cultivo de la religión se hace mas reparable, y se mira con los ojos el esmero que ponen con gran edificación cuando deben cuidar á una enferma religiosa.

La M^{te} Nicolasa parece que presentía ocultamente la necesidad

que muchas veces habia de tener en su corta vida del auxilio de sus hermanas; pues se mostraba tan caritativa, tan llena de compación, de un semblante alegre y sereno para alentar á los enfermos al sufrimiento de las molestias que traen consigo las enfermedades. Recreábalas tambien en su convalecencia, que es cuando mas se apodera la melancolia, visitándolas frecuentemente con toda detención que le permitian sus ocupaciones, preguntabales si necesitaban algo para pedirlo y tráerselo luego exploraba sus apetitos que la naturaleza ocupada en su restablecimiento suele inclinarse á algunas cosas, que parecen á primera vista no ser muy favorables en condescender con ella está muchas veces que se recupere y pueda rezarcir todas sus pérdidas.

A poco tiempo empezó la M^{te} Nicolasa á enfermar de suerte que no tuvo hora de cabal salud, cuando mas lograba algunas temporadas de alivio y esto era porque podia andar con sus pies con gran trabajo. Desde el noviciado le acometió un insulto apoplético del cual convaleció; pero le quedaron algunas reliquias que despues se corroboraron con la copia del humor morbosos y le causaron los mas exquisitos accidentes. El beneficio de Dios, acaso el mas singular de toda su vida por ser fuente de muchísimos otros que de ai dimanaban, fué que al tiempo de su profeción, aunque no se formó juicio de ser muy robusta y de buena salud; sino enfermisa con todo el vigor de los pocos años y del nuevo estado, de tal suerte disimulaban la raíz de sus enfermedades que como esta no brotaba fuera, ni se daba á conocer, ni aun se podia imaginar, nunca se pensó que hubiera de padecer tanto. Sin embargo este fué el rumbo y camino por donde el Sr. la quiso llevar y en que le fué sembrando y entretregiendo los beneficios con que consiguió su eterna felicidad.

Con este reconocimiento sufría con resignación sus enfermedades contenta con su estado, porque la Providencia Divina dispuso que sus pensamientos se variaran siempre de modo que no le impidiesen el conservar un aprecio de su vocación y muy grande, en tal grado, que nunca supe padeciera la menos tentación acerca de él. Desde luego el enemigo del género humano que como león rugiente, rodea buscando entrada por todas partes para ensangrentar su crueldad, halló por este lado de continuo cerrada la puerta con una estimación invencible. O fuere que su divino Jesus que compartia tan abundantemente con ella de los dolores de su Sma. Pación, no quiso amargarla mas con este tormento. Lo cierto es

que jamas me comunicó á mi, que jamas le pasaron por la imaginación estos tristes pensamientos; y me persuado que á haberlos tenido, en mi hubiera depositado su secreto, pues no debia tener esta confianza que fuera muy necia con otra persona á quien podria hacer mucho daño y ella no habia de conseguir remedio.

Supo que una hermana suya sentia que Dios la llamaba á la perfección del estado religioso y fué tal el júbilo y consuelo que recibió con esta noticia, que cuanto antes pudo recurrir á mi hecha un mar de lágrimas. Al principio me sorprendió la novedad no esperada pues proponiéndome un motivo tan justo de alegría, no parece que era correspondiente tal efecto. Por tanto le pregunté: ¿que si le causaba pena? ¿porqué lloraba? A que luego me satisfiso dejándome muy edificado. Padre me dijo, sino de consuelo y ojalá fuera yo tan dichosa que vieran mis ojos tan bien lograda á mi hermana, no deceo otra cosa: esas son todas mis ansias, y fué multiplicando expreciones, que confieso me penetraron hasta lo más íntimo del alma. Con eso entendí lo que significaba su llanto, que en las mujeres es un idioma el de las lágrimas, con que igualmente explican sus pesares, que sus gustos cuando son con exesos, pues entonces llegan al extremo último con que muestran la viveza del afecto que encierran dentro del corazón.

No dudo que el tiempo que se confesó con el R. P.^e Bernabé Gonzales (q. d. D. g.) daria muchos ejemplos, que merecieran conservarse así de esta virtud, que es el eje de todas como de las demas; pero Ntro. Sr. en cuyas secretas altísimas disposiciones, no debemos entrar, muy tempranamente para nuestro sentimiento justo, aunque á sus divinos ojos seria el mas oportuno tiempo, quiso premiar las muchas virtudes que atesoró el P.^e con su religiosa vida, muy ajustada para si y llena de celo de la salvación y perfección de sus prójimos ¿Qué podré yo decir á VV. RR. cuando mayor pluma que venero, con solo que creo á esa Sta. Comunidad con una carta en que creo sucitó su vida y ejemplos? Seria atrevimiento mio el introducir en este lugar alguna digreción dilatada. Yo la omito por esta razón y mas cuando del amoroso Padre no se puede hablar poco, ni yo puedo decir mucho. VV. RR. mismas lo observaron por sus ojos y lo que pudo ocultarse por secreto bien comunicado, está en la noble piesa de que hago mencion por el debido agradecimiento. Este lo tenemos estampado en nuestro corazón por muchos titulos que siempre nos ha obligado el Sr. Vicario de

los cuales se puede disputar la preferencia, mas no la estimación que será igual entonces; aunque siñéndome al asunto determinado de que por incidencia trato, debe ser indeleble en nuestros pechos la memoria con que honró en nombre de ese su Convento, al difunto P.^e, celebrándole unas exequias tan magnificas en su iglesia que no puede caber mas, ni en lo magestuoso del alto Mausoleo que se erigió con muchas lágrimas de cera; ni en la asistencia respetable de lo mas lucido de uno y otro estado Eclesiástico y Secular de esta Ciudad; como tambien el novenario de misas solemnes que hizo el Sr. Cura en su Iglesia Parroquial, inmediatamente despues de haber hecho el funeral con toda la magnificencia digna de su grande ánimo.

El P.^e fue depositario de los secretos de la M.^e Nicolasa, y solo por su falta ocurrió á valerse de mi inutilidad. Venia traspasada de dolor, hecha una amargura toda, porque como se explicó conmigo, á un mismo tiempo le habia llevado Ntro. Sr. á sus Padres, el que habia tenido segun la naturaleza y el espiritual. Viendola yo tan acongojada y triste, me esforce á darle algun consuelo, alentándola á la conformidad con la voluntad de Dios y con las disposiciones Smas. de Ntro. Amorosísimo Dios. Díjela cuantas palabras me ocurrieron que podrian suavisarle su pena, y para que pusiera término á sus lágrimas, que nunca se deshaoga mas bien un sentimiento, que agrava el corazón con pesadumbre por una muerte piadosamente cristiana, que cuando se llora con los sufragios de Ntra. M.^e la Sta. Iglecia que aprovechan á los difuntos en el Purgatorio. Con esto conocí que se iba animando mucho y me parece recibió algun consuelo. Entre tanto yo aunque nunca escaceo un pequeño obsequio que pueda hacer la benignísima Magestad de mi Sr. Jesucristo, no se que repugnancia senti dentro de mi (lo que jamas otra vez habia experimentado) fundada en la representación que me hizo la M.^e de sus enfermedades para haberla de admitir como que temia lo que me sucedió que hubiera de morir en mi poder. Instome y no obstante mi recelo, por serme tan desabrido el responder una negativa, la hube de prometer mi asistencia. Estaba entre confiado y temeroso, porque poco me deja que hacer quien habia hecho tanto, é igualmente me arredraba volver los ojos á mi insuficiencia, que siempre me acobardó. Con todo el tiempo me fuí animando por ir cada dia, enseñándome la experiencia, la conducta llena de suavidad que llevaba el P.^e y con la